

Cuerpos en el tiempo

¿No sería bonito si ya fuéramos mayores y no tuviéramos que esperar tanto? ¿Y no sería bonito estar viviendo juntos en la clase de mundo al que pertenecemos?

Brian Wilson, The Beach Boys, *Wouldn't it be nice*

Your body will decide. You gotta a new teacher... Listen.
GJ en *Top of the Lake*

Estoy cabreada con el tiempo y ahí fuera sólo se escucha el sonido de los helicópteros. ¿Es uno? ¿Son varios? Los helicópteros sobrevuelan en círculos el centro de la ciudad. Pocos han sido los fines de semana de estos últimos dos años en los que no hemos sido convocadas a una cita para manifestarnos. De algún modo, estamos agotados. Dos años después. Estoy cabreada con el tiempo por haberme robado a mi padre.

...

¿Se puede desarrollar un odio sofisticado hacia una máquina? ¿Hacia un ser que pilota una máquina? ¿A un cuerpo de seguridad cuya misión es pilotar helicópteros y sobrevolar el cielo de la ciudad en círculos?

En estos dos años la enfermedad de mi padre ha ido estragando su cuerpo y su mente. Lo ha ido desconectando y no hay máquina ni terapia capaz de frenar esa lenta desconexión. No hay cuerpo de seguridad que pueda sobrevolar su cabeza y detener el avance. Un sonido sordo, el de su deterioro, atrona el paisaje de nuestra familia. Él también debe de estar agotado.

...

Las familias son fotos cambiantes y yo escribo mejor cuando tengo un plazo y un objetivo. Los de la Asociación nos instaron a contar “cómo llevamos la enfermedad del familiar afectado”. Así, ¿en general?, contesté yo. Me pareció que no podía haber pregunta más difusa, pero supongo que juegan a eso, a merodear lo preciso. Me irrita la falta de especificidad. “¿Cómo llevamos?”. ¿Qué significa? ¿Para qué queremos entonces el lenguaje?

...

Llevar. Sobrellevar. Soportar. Aceptar. Negar. Son muchos los verbos que nos acompañan últimamente. Son verbos con una textura muy determinada. Una contundencia. Un puto peso. “¿Cómo llevas el sobrevuelo de un ave pilotada por un cuerpo sobre el espacio aéreo de tu casa?” o “¿Cómo puede acabar teniendo más relevancia en tu día a día una máquina que otras muchas personas o cosas?”. Eso me hubiera gustado que me preguntara el terapeuta.

...

La manifestación de hoy se titula *Fuck the Troika*, Pueblos Unidos contra la Troika. Sé que puede sonar a demagogia, pero, ¿la Troika decide también sobre el avance y sostenimiento de la enfermedad de mi padre? Las familias son fotos que se van alterando y la Troika altera perceptiblemente nuestro día a día. Estamos en guerra pero seguimos viviendo.

....

El miedo a la genética. Sé que mi hermano mediano también lo tiene. ¿Es lícito hablar sobre las enfermedades ajenas en un texto que leerán otros? Sí, seguramente, sí, si esa enfermedad afecta la cualidad de los días de un pequeño grupo de gente (llámese familia) y el único modo o el más efectivo que tienes para manejar lo que te pasa es escribir. Lo que me pasa, lo que nos pasa.

...

¿Es posible pensarse radicalmente en colectivo? Quizá la pregunta sería: “¿Cómo es posible seguir pensándose como individualidad?”. Lo dijo J. en una tarde que llovía, este otoño pasado, antes del tiempo de ahora, cuando los días en vez de avanzar como lo hacen hoy hacia el solsticio de verano, se acortaban en detrimento de sí mismos, encogiéndose.

...

Cada miembro de mi familia está en una parte del año. Los padres cerca ya del solsticio de invierno, del día más oscuro: sus días son más cortos, su espacio mental se retrae, su cuerpo se oscurece. Mis sobrinas están en la parte más cercana al mes de marzo. ¿Y mis hermanos y yo? ¿Dónde estamos? Caminamos de la mano, muy cerca, en cadeneta, supongo que entrando en el mes de agosto, en el punto de plenitud justo después del cenit. Todavía algo antes de que los días empiecen a descender. Pero no tan lejos.

...

Me he dado cuenta de que mis hermanos, desde que han tenido hijos, piensan en otra cosa y se refieren a otra cosa cada vez que dicen “mi familia”. Y me he sentido más sola. Casi tanto como el momento en que me di cuenta de que mi padre me había tenido a la edad de treinta años. Que había vivido treinta años desvinculado de cualquier idea de mí. Siendo otra persona. Las familias, como el crecimiento de los suburbios, se desparraman incontroladamente.

...

Esta mañana he mirado mi cuerpo a la luz de un baño que no es el mío. Y he sentido vergüenza porque era un cuerpo que no conozco. Luego he decidido no ir a la manifestación. ¿Y si las dos cosas tuvieran que ver con cómo llevo la enfermedad de mi padre? Por eso lo escribo aquí. Tiene que ver con el hecho de que me quede aquí, escribiendo, escuchando al helicóptero. Después leeré una novela alemana que me ha regalado el dueño de la luz del baño de esta mañana. La manifestación es contra la Troika. “Matad a Merkel por mí”. “Eso está hecho”. Y dos iconos de beso y el de la gitana que baila. La última conversación antes de apagar el móvil. Para poder pasar la tarde escribiendo.

....

Los abuelos te permiten estar en contacto por medio de la experiencia, aunque sea vicaria, con una línea de tiempo de aproximadamente 100 años. Mi abuelo y mi abuela paterna nacieron en 1909 y 1913, respectivamente. Mi sensación de pertenencia al siglo XX, a esa parte de la Historia, es mucho mayor si me pienso a través de sus vidas. De algún modo, yo ya he estado ahí. En 1909. Y es raro.

...

Me han dicho que si no me importaría publicar esto. En la revista de la Asociación hay una sección llamada Familias. Quieren poner un extracto de este texto. Pero yo no lo he escrito para que fuese público. O sí. ¿Quién me dice que no lo leerá el piloto del helicóptero infernal, cuyo padre o madre también padecen la enfermedad que le ha llevado a coger la Revista de la Asociación?

...

El 8 de noviembre de 2009 nadie recordó que el abuelo T. hubiera cumplido 100 años. Que yo sepa, nadie lo comentó en alto, nadie llamó a nadie para compartir ese recuerdo. Aunque seguro que el recuerdo cruzó la mente de cada uno de sus hijos a lo largo de ese día, mientras acababa el telediario, al salir de la piscina, yendo a comprar, ese recuerdo se cruzó, seguro. El 8 de noviembre de 2012 (103 años después) nació Pablo, el último sobrino de la saga. No le pusieron T. porque es un nombre feo a rabiar.

...

No sabemos cuándo nos moriremos. Sí, vaya obviedad. ¡Pero nadie lo sabe y eso lo afecta todo! ¿Imaginas que supiéramos la fecha exacta de nuestra muerte? Piénsalo. ¿Qué haríamos? ¿Qué harías tú? ¿Quién me asegura que mi padre morirá antes que yo, independientemente de la estación del año en que se encuentre ahora, vitalmente? Perdonadme las obviedades, pero necesito pensar en todo esto y ponerlo por escrito. ¿Quién nos lo asegura? Pese a la enfermedad, pese a haber nacido con treinta años de diferencia, pese a la presencia casi constante del helicóptero sobre nuestras cabezas.

...

He visto mi piel blanca y he sentido el tiempo en mis propias piernas iluminadas de súbito y reflejadas desde un plano inaudito en ese cuarto de baño extraño. He sentido pudor de volver a la cama a abrazar con esas nuevas piernas. Otra casa, otra luz, otro cuerpo. Está bien, somos cuerpos en el tiempo, pero también somos esos cuerpos afectados continuamente por distintos espacios y circunstancias que implican a otros. Somos una ecuación bailando con la incógnita inamovible de esa fecha que marca el tiempo que nos queda. El hecho de escribir, por ejemplo, este texto sobre un cuaderno de espiral color amarillo sin pautar afecta directamente al contenido de la escritura. Somos materia afectadas por otras materias. Y por el tiempo.

...

He accedido. Está bien. Que se publique. Pero quiero que se publique en versión impresa y no sólo digital. Necesito la intimidad que se crea entre el papel, la mano, el peso y el ojo para poder hablar de esto. Supongo que esta idea de la intimidad que genera un texto impreso en contraposición a la que genera una pantalla tiene que ver con lo de 1909.

...

La enfermedad o las vidas pequeñas. La dependencia te pilla antes o después. Por delante o por detrás. Por los lados, llega como un placaje por la banda, te tumba y ya no te la sacas de encima en lo que te queda de partido. Parece que sólo te puedes librar de ella de un modo: pagando. “Mira las feministas italianas de los 70. Decidieron no tener hijos como apuesta política, porque no querían criar así, no querían ser madres en esas condiciones, como decía Simone de Beauvoir. Y luego se vieron unos años después cuidando a sus padres, igual de solas.”, dice L. sorbiendo la espuma de un doble en la barra del bar La Mancha.

...

Una tarde, mientras merendábamos, pero en realidad fueron muchas tardes, durante muchas meriendas, mi abuelo se repetía con eso de las historias, nos contó que en una avanzada de no sé qué frente durante la Guerra Civil, se tumbó violentamente cuerpo a tierra sobre un espigar de medio metro de alto y sintió las balas silbando por encima de su uniforme y el de sus compañeros de regimiento. Y cuando acababa esta historia siempre decía, y en ese momento hace un gesto que es como si tocara las espigas: “Por este poquito tú nunca hubieras llegado a estar aquí”. Y yo empezaba a pensar en la posibilidad de haber sido otras muchas personas. O de no haber sido nadie en absoluto.

...

Metástasis. Bonita palabra. También te puede tumbar el exceso de vida. El cáncer, por ejemplo, no es más que eso, un crecimiento enloquecido de células. Metástasis. Hay palabras feas que son muy sonoras. Encima.

...

Nada será como antes. No, todo no saldrá bien. Pero estamos aquí y tenemos que salir entre medias de los tiempos de caída, tenemos que ir a bailar y a emborracharnos, no se nos pueden enredar las plantas del lecho del lago, no. Sacúdetelas. Sigue nadando. Chapotea. Mira esa pelota. Mira a ese perro mojado. Qué cara de bobo. Ataques de risa en medio del horror, pues claro. Teníamos planes que se han ido al carajo pero seguimos viviendo.

....

Las cosas que me importan, las que me dan terror. La enfermedad de papá, el paso del tiempo, la precariedad, la caída de todas las estructuras que hasta ahora han permitido cierta calidad y el mantenimiento de la vida, aceptar mi cuerpo, la intimidad, la naturalización del helicóptero infinito, las ganas de huir a otros lugares, la tristeza de mamá, tener un hijo, la separación de C., el rechazo, el vínculo con las personas que más quiero, la fugacidad de todo, la imposibilidad.

...

Hablemos más de cuidar. Y también de ser cuidados. De abrir la compuerta que alivia la presión de ser herméticos. De permitir que seamos un puente. Con esclusas, con habitaciones silenciosas pero conectadas. Las coartadas también se admiten. Es tan jodido y tan aburrido cuidar que... ¿cómo no inventarnos excusas para escapar temporalmente? ¿Cómo hacer que resulte apetecible cuidar? ¿Cómo se desea el compromiso de permanecer por encima de todas las demás posibilidades? ¿Cómo no reventarnos el humor? ¿Cómo se hace? Dímelo tú.

...

Cuando mi madre se enteró de que estaba embarazada de mí se puso a llorar. Como una Betty Draper morena atrapada en el *bluff* de su vida del suburbio. Llevaba el pelo tan corto como Mia Farrow en *La Semilla del Diablo*, tenía ya dos criaturas gateando por el suelo de la cocina. Un marido viajero y un padre enfermo. Y otra semilla en camino.

...

Somos variables, una ecuación, incógnitas cambiando de lugar. Y no es una metáfora. Padres enfermos, niños que aparecen, nuevos problemas. Y tus ganas de salir escopetada por una de las autopistas que te sacan de la ciudad, con todo el sol del verano en la cara, para huir de todas esas nuevas incógnitas, para querer quedarte en casa, leyendo o escribiendo esa ficción que te protege. Y que es lícita. La vida es inasumible, en un punto.

...

Mi madre cuidó al abuelo terminal en la clínica La Paz. Su cerebro también se había atascado en un momento dado. Deseos de escuchar otro diagnóstico, síntomas, neurólogos. Pasó los últimos meses de gestación yendo y viniendo a la Clínica La Paz. Dejando a mis hermanos, que eran muy pequeños, con otras personas, cogiendo el metro cada vez más embarazada: dos transbordos, escaleras no mecánicas, dejar la cena preparada. Cuando yo nací estaba completamente absorbida por la posibilidad inminente de la muerte de su padre. Muy cansada. Y a los seis días, pasó.

...

El helicóptero sigue ahí. Yo también querría sobrevolar mi vida. Tomar perspectiva. Ser un pájaro, aunque fuese mecánico.

...

La terquedad de los hechos consumados. Como el aviso de detección de una enfermedad crónica, la comunicación de un diagnóstico, la falta de un período, la foto de un bebé recién nacido que entra por un grupo de wasap. Hechos consumados. No hay el más mínimo espacio de reacción en ellos, nadie te pregunta si deseabas ahora ese proceso de instauración de vida o de muerte incipiente, rigurosa y gradual. Y ahora está en tu nuevo paisaje. Forma parte de tu nueva foto.

...

Para que yo me llame Silvia Nanclares, un montón de cuerpos previos han ido a la guerra, se han emborrachado, han soportado bombardeos, han ido a la universidad o se han matado a besos.

...

Asumir que, en un punto, nuestros padres son la generación que nos ha traído hasta aquí. Que ha luchado para que nos formáramos y lo tuviéramos todo mientras permitían que nos vendieran al mismo tiempo. Han permitido que nos dejen con el culo al aire. Con la mejor de sus intenciones.

...

Me pregunto cómo estaremos manejando el cuidado en estas familias y generaciones individualistas. Criados y legitimados para ponernos el mundo por montera. Para viajar en coches potentes por carreteras preciosas y recónditas. Aventuras. Solos. Jóvenes. La juventud pura sólo puede producirse en ese lapso de tu vida en que tus padres están completamente sanos y aún no tienes personas a tu cargo. Sólo ahí.

...

La abuela B. nos contaba, mientras nos atiborraba de chocolate, también en las meriendas, cómo recordaba a la gente caminando sin cabeza durante los bombardeos de Madrid. Lo creáis o no, lo contaba como su gran anécdota de humor. Gente. Andando. Sin cabeza. Para mí que se lo

inventaba. Cuentos de guerra.

...

La ficción como anestésico emocional. Los padres son los hijos, los hijos son los padres. “Yo escribí una salida”. Y salimos. La vida y la literatura, por lo tanto, iban en serio.

...

“Los cambios casuales de la química corporal son responsables de una parte considerable de la felicidad y de la desgracia de los seres humanos”. Leo al azar. En una revista de salud, en la sala de espera de la Asociación.

...

Entramos por fin, después de mil circunloquios, a la primera reunión de familiares afectados que colaborarán en el número de la Revista de este trimestre. Reunión de afectados. Qué mal suena. Suena a atentado, a ETA, a accidente. Suena a dolor. Está bien, es lo que hay. Resolvemos.

...

Mi cuerpo también ha cambiado en estos años. Y el de mamá. Y el de mis hermanos. Y mis tíos. Y mis primos. Vamos mutando. Y somos testigos de reojo de nuestras respectivas mutaciones. Espejos encadenados. Nos chequeamos en la transformación.

...

Y se publicó. Y está bien. Necesitaba saber qué aprendizaje había traído esta situación a nuestra vida. Yo estaba en medio de eso. Lo que le pasa a mi padre no es algo que le pasaba a otra persona. Era algo que me pasaba a mí. No como consecuencia sino porque los límites de los cuerpos son mucho más difusos de lo que la piel parece representar. Estamos siempre entre medias. Mi familia es los huecos que hay entre nosotros, no la suma de los cinco.

...

Puede que nosotros (y esto suena en voz en off, como de final de los capítulos de algunas series mientras pasan por vuestros ojos imágenes de: mi padre tratando de arreglar con dificultades un enchufe, imágenes de antidisturbios entrando con pelotas de goma en la estación de Atocha, imágenes de abuelos contando historias) también sobrevolemos en círculos el espacio aéreo de las personas que nos importan. Hasta, a veces, también con insidia. Y otras, con ligereza elegante.

...

Pero el dolor es inevitable. Casi consustancial. Ganas de abrazar el dolor. De invitarlo a merendar. Con los antepasados. De que se siente a la mesa junto con otros monstruos como la ansiedad o el hambre infinita. Y darles la comida, suave y felizmente. A cucharadas. Con mimo. O a toda velocidad. Que no llegamos.

...

Aprender a poner los cuerpos. [*Upon the gears*](#). Y, ya que hemos llegado hasta aquí, a favor de la vida.